

punto a los sacerdotes católicos, introdujo de nuevo la religión protestante, y a pesar del testamento del difunto hizo educar a los hijos de éste de un modo protestante (1). La buena suerte preservó de experimentar este desengaño a Sixto V que por un breve de 18 de agosto había expresado a Jacobo III su extraordinaria alegría por la vuelta del mismo a la Iglesia (2).

(1) Cf. Janssen-Pastor, V, 424 s.

(2) V. Archivo diocesano de Friburgo, IV, 111 s. Cf. Ehses, II, 492, nota.

## VII. Planes de cruzada de Sixto V. Sus relaciones con Venecia y con Esteban Batori. La doble elección en Polonia. Muerte del Papa

### I

Un Papa que como Sixto V tenía siempre ante los ojos en tan alto grado los intereses generales de la cristiandad, no podía permanecer indiferente a vista del peligro de los turcos. La idea de la lucha de la cruz contra la Media Luna, que inspiró versos inmortales a su contemporáneo Tasso, fuéle infundida especialmente por las tradiciones de su Orden, cuyos miembros después de la conquista de Palestina fueron los únicos que mantuvieron allí valerosamente su puesto, y con sacrificada abnegación quedaron siendo la guardia del Santo Sepulcro.

Por eso no puede causar maravilla que entre los grandes proyectos que ocuparon a Sixto V después de su elección, se hallase también el plan de una cruzada contra los turcos. Cuán desfavorable era para semejante empresa toda la situación política de Europa, sólo poco a poco llegó a conocerlo, pues en este terreno era todavía nuevo e inexperto. Primeramente sólo vió un impedimento: el estado dificultoso de la hacienda pontificia. Manifestó a los comienzos de su reinado, que si tuviera el dinero necesario, daría principio a una grande empresa contra los turcos. Habló sobre esto con tanto fuego, que muchos creyeron, que un día imitaría el ejemplo de Pio II, poniéndose en persona al frente de una cruzada, para arrastrar consigo de esta manera a los otros príncipes cristianos (1).

(1) V. Priuli, Relazione, 308 s. Cf. las \*cartas de Priuli de 30 de noviembre y 28 de diciembre de 1585, *Archivo público de Venecia*; además Mutinelli, I, 171 s.

Cuando el Papa a principios de junio de 1585 expuso al embajador veneciano Priuli la gravedad de los peligros que amenazaban por parte de los turcos, hizo notar su designio de dedicar especial atención a este negocio. Contó juntamente, que había enviado un mensajero al sha de Persia, que estaba en guerra con los turcos, y que intentaba ponerse también en relación con los tártaros de Crimea (1).

El arzobispo de Capua, César Costa, nombrado nuncio de Venecia el 22 de junio de 1585, al presentar sus cartas credenciales hizo una alocución al dux que de una manera elocuente pasó los límites del lenguaje oficial. «Si fuese permitido, dijo, a nuestro Padre Santo, expresar por sí mismo sus sentimientos, reconoceríais en sus palabras, en su semblante y ademanes el amor paternal que os tiene, sus calurosos deseos de la grandeza, la prosperidad y el esplendor de vuestra república. Siempre os colmará de demostraciones de su amistad, y pedirá que descendan sobre vos las bendiciones del cielo. Con vivo dolor, con la tierna solicitud de un padre os ve rodeado de poderosos enemigos. Como está siempre dispuesto a vuestra defensa, de buena gana os abrirá los tesoros de la Iglesia, os ofrecerá las rentas de la Santa Sede, y hasta la propia vida contra las irrupciones de los bárbaros y contra las acometidas de los infieles. Como don recíproco espera de vuestra Alteza Serenísima el amor filial y el celo de la religión, la cual no ha de medirse por las reglas de la prudencia política, sino aceptarse con ánimo sencillo y alma creyente. Pues ella permanece siempre la misma, y ni los acontecimientos, ni la voluntad del hombre la pueden cambiar. A la obediente sujeción a la Santa Sede, y a la fiel observancia de las prescripciones canónicas debe la esclarecida república, que tuvo tan pequeños comienzos, su grandeza actual, su poder y su gloria. La estrecha unión a la Santa Sede es para ella la fianza de la conservación de la tranquilidad en el interior y de la guarda de su crédito en Italia» (2).

El dux en su respuesta expresó con calor su gozo por el ánimo

(1) V. la \*carta de Priuli de 1.º de junio de 1585, *Archivo público de Venecia*. Sobre la misión a Persia, a la que no llegó respuesta hasta 1589, v. Charrière, IV, 571. Cf. también Reichenberger, I, 313 s. y Orbaan, Sixtine Rome, 57. También se entablaron negociaciones con el soberano de Georgia sobre una guerra contra los turcos; v. Serrano, Arch. de la Embajada de España, I, Roma, 1915, 54.

(2) V. Hübner, I, 409 s. El \*breve de nombramiento de Costa, fechado a 22 de junio de 1585, se halla en el Arm. 44, t. 30, *Archivo secreto pontificio*.

benévolo del nuevo Papa, que produjo una impresión tanto más agradable comparado con la conducta de Gregorio XIII. A esta comunicación de sentimientos amistosos correspondieron pronto también obras, concesiones del Papa, que alegraron extraordinariamente al gobierno veneciano (1). Sólo una cosa lo llenaba de cuidado: el Papa volvía siempre a hablar del peligro de los turcos (2). Sus expresiones sobre esto maravillaban tanto, que se temía en Venecia, que el fogoso anciano que se sentaba en la Silla de San Pedro, requeriría a la república para una empresa contra el poderoso vecino del Oriente. Por eso la Señoría aguardaba con cierta inquietud el recibimiento de su embajada de obediencia en Roma. Compúsola de manera, que perteneciesen a ella los políticos más importantes de que podía disponer: el antiguo embajador Leonardo Donato, el docto y lleno de gusto por las artes Marco Antonio Bárbaro, Jacobo Foscarini y Marino Grimani. Felipe Pigafetta, que se hallaba en el séquito de la misma, ha descrito por menudo la pompa que desplegó la embajada extraordinaria (3).

La tributación de obediencia se efectuó en un consistorio público celebrado el 10 de octubre de 1585 en la Sala Regia. El discurso que pronunció en esta ocasión el Néstor de la diplomacia veneciana, Leonardo Donato, conmovió al Papa hasta hacerle derramar lágrimas (4). Prometió a la república tres diezmos y le otorgó una auditoría en la Rota (5). Después de la solemnidad del 10 de octubre los embajadores de obediencia fueron todavía repetidas veces recibidos en audiencia. Entonces se vino a tratar también de la cuestión de

(1) Así la supresión del derecho de asilo concedida para tres años; v. el \*breve al dux fechado a 20 de septiembre de 1585, cuyo original se halla en el *Archivo público de Venecia*, Bolle.

(2) V. la \*relación de Priuli de 21 de septiembre de 1585, *Archivo público de Venecia*. \*El Papa, refiere un Aviso de 28 de septiembre de 1585, ha tuttavia gran voglia di fare una lega di tutti principi cattolici contra tutti li diavoli terrestri. Urb., 1053, p. 424, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. Descrizione della comitiva e pompa con cui andò e fu ricevuta l'ambasceria dei Veneziani al p. Sisto V l'a. 1585 fatta da F. Pigafetta, gentiluomo al seguito, p. p. Giov. da Schio, Padova, 1854 (publicación de bodas). Sobre Marco Antonio Bárbaro v. el libro lujoso de Ch. Iriarte: *La vie d'un patricien de Venise au 16<sup>e</sup> siècle*, Paris, 1884. Sobre la entrada de la embajada de obediencia en Roma v. también la \*relación de C. Capilupi de 9 de octubre de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) V. \*Acta consist. en el *Archivo consistorial del Vaticano* y la \*relación de C. Capilupi de 12 de octubre de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) V. Gualterio, \*Ephemerides, 49, *Biblioteca Victor Manuel de Roma*.

los turcos además de los negocios de Italia. Con gran satisfacción suya oyeron de Sixto los embajadores la expresa aseveración de que no quería exponer a ningún peligro «a la serenísima república». «Nos sabemos, dijo, que procura estar bien con el sultán, porque no puede hacer sola la guerra con él. Ahora nos deja en paz, porque tiene que habérselas con los persas. Pero aprovechaos del tiempo que os deja. Preparaos en secreto, esperad hasta que Nos estemos prontos para salir a campaña. Desgraciadamente los otros príncipes sólo piensan en satisfacer su ambición y en cosas todavía peores. De buena gana pierden un ojo, si pueden arrancar entrambos a otro. Mutuamente se impiden obrar el bien, y sus enemistades entre sí favorecen al enemigo común. Por tanto, conténgase la Señoría, apóyenos en secreto, pero espere hasta que los otros príncipes arremetan contra el turco. Entonces agréguese ella. Ésta era ya nuestra opinión, cuando éramos cardenal, pero no se nos dió oídos. Por tanto aconsejamos a la Señoría prudencia. Demasiado frecuentemente cometen violencias los navegantes venecianos en Levante. En tales casos, para dar satisfacción a los turcos, debería la Señoría castigar a los culpados, pero no con excesiva severidad, por ejemplo, nunca cortar la cabeza a un cristiano por causa de los musulmanes. Éste era también el parecer de los buenos senadores antiguos a quienes Nos oímos hablar con frecuencia sobre esto durante nuestra permanencia en Venecia».

Pasando a los negocios italianos, hizo notar el Papa la necesidad de la concordia entre los diversos Estados, la cual aseguraba la tranquilidad de Italia. Recomendó sobre todo estar en buena inteligencia con el gran duque de Toscana. Opinaba que en general todos los príncipes italianos debían estar fielmente unidos, pero sin concertar alianzas, sin ajustar ligas (1). Se ve con qué prudencia instaba Sixto V a una unión de los Estados de Italia, sin desear una alianza demasiado estrecha entre ellos, la cual podía fácilmente dominar al soberano del Estado de la Iglesia.

Los embajadores venecianos de obediencia antes de su partida fueron por Sixto V armados caballeros y dotados de privilegios. Quedaron tan contentos como el Papa (2). Su fin principal, el afirmar

(1) V. Hübner, I, 411 s.

(2) Por \*breve de 22 de octubre dió gracias Sixto V al dux, Pascual Cicogna, por la tributación de obediencia: Fuit nobis eorum adventus actioque ipsa longe iucundissima. Multa etiam apud nos privatim egerunt magna cum testifi-

la amistad con la nueva cabeza suprema de la Iglesia, lo habían podido conseguir tanto más fácilmente, cuanto que Sixto V a causa de su posición en Italia y en atención a la prepotencia de España daba la mayor importancia a las buenas relaciones con la república de San Marcos (1). Olvidó con magnanimidad la conducta hostil que se le había mostrado en otro tiempo en Venecia cuando era inquisidor (2). Como atendía en todas partes a estar en buena inteligencia con los gobiernos, especialmente con los de Italia (3), no le pasó por el pensamiento hacer una excepción con Venecia. Su intento era antes bien unirse lo más estrechamente posible con aquel Estado que era el único que después de la Santa Sede había mantenido su completa independencia en Italia.

Añadíase a esto todavía otro motivo: como antiguo inquisidor Sixto V ponía especial atención en atajar el peligro de que invadiesen a Italia las novedades religiosas. Como por esta causa apoyó los esfuerzos ambiciosos del duque Carlos Manuel de Saboya por conquistar a Saluzzo y a Ginebra, sitios de refugio de muchos protestantes italianos, así también veía en la república de Venecia un baluarte contra la penetración de opiniones luteranas en Italia (4).

catione pietatis, prudentiae eximiarumque virtutum tuarum. El original se halla en el *Archivo público de Venecia*.

(1) V. Charrière, IV, 402 ss. Cf. Balzani, Sisto V, p. 36.

(2) Sobre esto cf. nuestros datos del vol. XVI.

(3) Cf. Priuli, 317 s.; Gritti, 345 s.; Brosch, I, 295. Sobre las relaciones con el gran duque de Toscana v. Reumont, Toscana, I, 327 s., 380. Cf. Hübner, II, 62 s.

(4) V. Balzani, Sisto V, p. 36 ss. Sobre Saluzzo v. arriba, p. 57, nota 1. Sixto V de suyo era favorable a los planes del duque de Saboya contra Ginebra, quel maledetto nido d'heresia (v. Fuentes para la historia de Suiza, XXI, 432 s.). Ya en mayo de 1585 se declaró dispuesto a ayudar en ello (v. Raulich, Carlo Emanuele, I, 244), y permaneció firme en esto a pesar de todos los afanes contrarios de Francia; sólo para una pequeña dilación se dejó ganar en marzo de 1586 (ibid., 256). Cuando la empresa se hizo imposible, quejóse en junio de 1586 de la lenta conducta de Felipe II (ibid., 275). A principios de 1589 volvió el duque de Saboya sobre el ataque contra Ginebra; el Papa sin embargo, que entonces estaba ocupado enteramente en la pacificación de Francia, tuvo ahora la empresa por inoportuna (v. ibid., II, 59). Por \*carta de 8 de mayo de 1589 representó vivamente al duque el peligro a que se exponía (orig. en el *Archivo público de Turin*); con \*carta de 6 de junio prometió 100 000 escudos, si Ginebra se conquistaba (en el año que corría (Ibid.)) En agosto de 1589 la consideración a la acometida de Felipe II contra Inglaterra influyó para que Sixto V recusase su apoyo (Raulich, II, 70). Por carta de 12 de octubre de 1589 Sixto V advirtió de nuevo al duque que anduviese con precaución, perche le cose fatte con poco consiglio tolgono l'honor, la roba et alle volte la vita (*Archivo público de Turin*). La consideración a Francia, que todo lo dominaba, condujo luego desde marzo

En estas circunstancias fué fácil al embajador ordinario de la república de San Marcos, Lorenzo Priuli, mantener las mejores relaciones con la Santa Sede. Pero todavía más que esto: se granjeó la completa confianza del nuevo Papa. Tanto había éste olvidado las anteriores desavenencias, que Priuli derivaba los sentimientos favorables del mismo de su larga permanencia en el territorio de la república. Durante este tiempo, así lo refirió, parafraseando evidentemente expresiones pontificias, Sixto ha podido conocer la grandeza de la república, su notable sistema de gobierno, la piedad de sus habitantes, su grande historia y su amistad tradicional con Roma. Así ha sucedido que ningún Papa anterior ha dado a los venecianos en breve tiempo tantas muestras de amor ni tantas mercedes como Sixto V. Repetidas veces ha concedido éste más de lo que se le suplicaba, y todo esto con palabras tan benévolas y a pesar del parecer discrepante de la mayor parte de los cardenales, que se conoce claramente cuánto aprecia a Venecia (1).

Como principal demostración de favor, además de la provisión de obispados y abadías, cita Priuli sobre todo la prudente composición de la contienda con el patriarca de Aquilea, la cual había suscitado tantas dificultades en tiempo de Gregorio XIII, y el extraordinario permiso de comprender a los religiosos en los diezmos del clero (2), el cual fué otorgado en atención al peligro que corrían Creta y Corfú por parte de los turcos. En la bula por la que Venecia obtuvo un auditor especial en la Rota, mencionáanse singularmente los servicios que la república había prestado en otro tiempo como baluarte contra la Media Luna (3). Las valiosas concesiones políticas y económicas que Sixto hizo a los venecianos (4), fueron tan grandes, que repetidas veces Priuli se propuso la cuestión sobre qué es lo que desearía el Papa de la república como don recíproco. Halló solamente uno: una empresa contra los turcos; pero como advirtió en su relación final, esto no podía *al momento* tomarse en conside-

de 1590 a que Sixto V, para desviar al duque de la Provenza, le animase de nuevo a la empresa contra Ginebra (v. Raulich, II, 138, 156).

(1) V. Priuli, 319 s. Cf. *ibid.*, 324 s. sobre la actitud de los cardenales respecto de Venecia.

(2) V. Priuli, 320. Cf. Cecchetti, I, 340. El arreglo que halló Sixto V en el litigio de Aquilea, fué así, que ni los intereses pontificios, ni los venecianos, ni los imperiales y austriacos quedasen menoscabados. Cf. Le Bret, Venecia, IV, 30.

(3) V. I libri commemor. d. republ. di Venezia, VII, Venezia, 1907, 38 s.

(4) La bula de los diezmos de 27 de febrero de 1586, *ibid.*, 39.

ración, pues el Papa había expresado repetidas veces, que en este respecto tendría el mayor miramiento a la situación de Venecia, pues sabía que la república por sus posesiones estaba expuesta de manera muy especial a las acometidas de la Sublime Puerta, y por eso no podía empeñarse como primera y única potencia en una guerra con los turcos (1).

El gobierno veneciano estaba asimismo por su parte solícitamente afanoso por dar gusto al Papa. Ya en el otoño de 1585 los nepotes de Sixto V habían recibido el título de nobles venecianos (2). Lo que más impresión hizo en Sixto V, fué la buena conducta de la república en el asunto de la lucha contra los bandidos, en que tanto se ocupaba la cabeza suprema del Estado de la Iglesia (3).

Siguiendo el consejo de Priuli, también los embajadores posteriores tomaron con especial empeño el mantener buenas relaciones con la Santa Sede. Así primeramente Juan Gritti, que en abril de 1586 obtuvo el cargo de embajador en Roma (4), el cual ejerció por espacio de tres años. Repetidas veces tuvo que dar cuenta de mercedes y concesiones del Papa (5). Pero también la república se mostró agradecida. Apenas hubo oído hablar del intento del Papa, de comprar un palacio propio tanto para el nuncio de Nápoles como también para el de Venecia, a fin de levantar el crédito de la Silla Apostólica, cuando adquirió de los herederos del dux Andrés Gritti por 25 000 ducados el edificio situado en el Campo Francisco de la Viña, habitado hasta entonces en alquiler por los nuncios venecianos, y el 30 de agosto de 1586 lo regaló al Papa en señal de afecto y veneración (6).

Sin embargo, en vista de las tendencias regalistas de los venecianos, el tiempo en que Gritti administró su cargo no pudo transcurrir enteramente sereno. Primeramente, en la primavera de 1587, a causa del derecho reclamado por la Señoría de nombrar al abad de

(1) V. Priuli, 320 s.; cf. 309.

(2) V. el \*breve de acción de gracias al dux, fechado a 13 de noviembre de 1585, original en el *Archivo público de Venecia*.

(3) V. Priuli, 321. Cf. Vol. XXI, cap. II, pág. 84.

(4) En su \*breve de 24 de abril de 1586 al dux elogió Sixto V a I. Priuli y expresó su persuasión de que asimismo J. Gritti se portaría bien. Original en el *Archivo público de Venecia*.

(5) V. Gritti, 344. Caracteriza bien la predilección de Sixto V por Venecia su conducta en la contienda del duque de Parma con la república a causa de la navegación en el Adriático; cf. la relación de Gritti de 20 de diciembre de 1586, en Brosch, El Papa Julio II, 346.

(6) V. Acta consist., 844, 847; Dengel, Palacio de Venecia, 110 s.

San Cipriano en Murano, parecía hasta que se llegaría a un serio conflicto. Con todo, el ánimo pacífico del Papa logró hallar un arreglo satisfactorio (1). A los deseos de la Señoría de conservar el Calendario Juliano en sus posesiones levantinas condescendió Sixto tanto más fácilmente, cuanto por manera incomprensible desconoció enteramente la importancia y la utilidad de la mudanza ejecutada por su predecesor (2). Jerónimo Matteucci, arzobispo de Ragusa (3), nombrado nuncio en noviembre de 1587 para reemplazar a Costa, era un personaje sumamente acepto a la república (4). La embajada romana fué nuevamente proveída en abril de 1589 en Alberto Badoer (5). Este diplomático superior en todo respecto a su predecesor pronto se granjeó la confianza del Papa en tan alta medida como la había poseído Priuli. Él y Donato lograron también a fines de 1589 componer de un modo satisfactorio el conflicto a causa del reconocimiento de Navarra por Venecia, agravado por la precipitación de Matteucci (6).

(1) V. Gritti, 344; además Acta consist., 850 y Tempesti, I, 674 s. Cf. la \*carta de Malegnani de 28 de febrero de 1587, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) El cardenal Santori anota al 16 de julio de 1590: \*Pedí para Pera, Quío y Albania el uso del antiguo calendario. S. S. se ne contentò, dicendo molto male del nuovo, et che tutti se possano servire del vecchio in quelle parti, come anco havrebbe concesso in queste, se ne fusse stato ricerco dall'Imp<sup>re</sup> o da qualche re, et per questo cosí concesse in Candia ad instantia de' Venetiani, et che io li scriva, che S. S. ce lo concede. *Diarium audient. card. S. Severinae, Archivo secreto pontificio*, LII, 19.

(3) En el \*breve al dux en que se comunicaba el nombramiento, fechado a 16 de noviembre de 1587, se dice: *Iam dudum perspectam habemus praestantem fidem, prudentiam, integritatem ven. fratris Hieronymi archiep. Ragusini, cuius etiam opera gravissimis in rebus usi sumus*. Original en el *Archivo público de Venecia*. *Ibid.* el \*breve al dux de 8 de enero de 1590: Matteucci es llamado a Roma, y en su lugar se nombra nuncio ordinario a Marcellus [Aquaviva] archiep. Hydruntinus; el \*breve de nombramiento para éste, de 8 de enero de 1590, en *Arm.* 44, t. 29, *Archivo secreto pontificio*.

(4) En 5 de diciembre de 1587 escribía Sixto V al dux: \*Gaudemus ita evenisse ut volebamus omne scilicet ex pacto (quod ex tuis litteris cognovimus) satisfactum esse nobilitati tuae in ven. fratre Caesare archiep. Capuano quo apud te nuncio usi sumus. Quae tibi reipublicaeque tuae sunt iucunda, nobis accidunt iucundissima. Prudentiam tuam plurimi facimus, pietatem unice diligimus, tibi reipublicaeque tuae summa omnia a Domino precamur. Original en el *Archivo público de Venecia*.

(5) V. el \*breve al dux de 10 de abril de 1589, original en el *Archivo público de Venecia*.

(6) Cf. Vol. XXI, cap. IV, pág. 294 s. Sobre un conflicto tocante a los monasterios de Venecia v. la relación de Badoer de 17 de mayo de 1590, en Mutinelli, I, 184 s.

De mayor importancia fué para Venecia el haber tenido cuenta el Papa con la peculiar posición de la república respecto de los turcos en tan alto grado como ninguno de sus predecesores. No instó en lo más mínimo a la república a la guerra contra los turcos, aunque para el caso de ella le prometió su copiosa ayuda (1). Pero por eso el Papa de ninguna manera había renunciado a una lucha contra los infieles. Como antes seguía ocupándole este negocio. De diversas partes hicieronle propuestas para esto en escritos especiales (2).

Mientras Sixto V pensaba al principio en una empresa contra Argel, a la que con todo no mostraba Felipe II ninguna inclinación (3), fué presentado en el otoño de 1585 un plan sumamente atrevido por el belicoso rey de Polonia, Esteban Batori. Ya en el último tiempo de Gregorio XIII las relaciones de este monarca con la Puerta cada vez se habían hecho más tirantes a consecuencia de la muerte dada a su caballero Podlodowski junto a Andrinópolis. Batori concibió el plan de aprovechar la confusión sobrevenida en Rusia a la muerte de Iván IV, para someter este imperio y luego con las fuerzas polaco-rusas unidas acometer a los turcos. La importancia de este grandioso propósito no fué comprendida ni por el nuncio Bolognetti, ni por Gregorio XIII (4). De un hombre tan emprendedor como Sixto V podía esperar el rey de Polonia, que querría contribuir a la realización de este plan gigantesco para la solución de la cuestión oriental.

Un noble romano que estaba al servicio de Batori, Virgilio Crescenzi, notificó que Sixto en una conversación con el cardenal Médicis había discutido el plan de una liga contra los turcos y declarádose dispuesto a remitir anualmente subsidios a Batori por valor de un millón, si éste se ponía al frente. En vista de esto Batori se adelantó

(1) V. Gritti, 346.

(2) Sólo pocos de estos escritos, como G. Picca, *Oratione per la guerra contro Turchi a Sisto V P. M.*, Roma, 1589, y S. Ammirato, *Orazione al beat. et sant. padre et signor nostro Sisto Quinto intorno i preparamenti che havrebbono a farsi contra la potenza del Turco*, Firenze, 1594, se han impreso. De los inéditos anoté yo: Vat. 3614: Julii Castellani Faventini \*Oratio ad Sixtum V de bello adversus Turcos gerendo; Vat. 5518: con dedicatoria a Sisto V; Vat. 5521: Agostino Quintio, vesc. di Corzola, \*Discorso sopra una lega contra il Turco, y Amelio Marinata, \*Ragionamenti in proposito della lega contra infideli, ambos dedicados a Sixto V; Vat. 5535: Giov. Belippi, \*Esortatione a principi christiani contra il Turco et altri in lode di Sisto V. *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. Hübner, I, 364 (cf. II, 474 s.); Philippson, *Granvela*, 449.

(4) V. Boratynski, *St. Batory*, 330 s.

a obrar. En 15 de octubre de 1585 envió al cardenal secretario de Estado, Rusticucci, copias de todos los documentos sobre las negociaciones entabladas en los últimos años de Gregorio XIII respecto de la liga contra los turcos (1).

A fines de marzo de 1586 Batori mandó a Roma a su hermano, el cardenal Andrés; éste debía explicar al Papa su grandioso plan de ir por Moscú a Constantinopla para ceñir su cabeza con una «corona más que real» y librar definitivamente a Europa del peligro de los turcos. La instrucción que sobre esto recibió el cardenal, mantúvola él mismo enteramente oculta a su compañero, el arzobispo de Lemberg, Solikowski, que debía prestar obediencia al nuevo Papa en nombre de Polonia, y aun al cardenal Radziwill (2). El cardenal Andrés llegó a Roma el 2 de junio de 1586 (3). A consecuencia de sus representaciones, como es evidente, el cardenal Azzolini escribió a Batori el 24 de junio por encargo del Papa, que el jesuita Antonio Possevino enterado de los planes del rey de Polonia, era muy grato en Roma. Sin aguardar la aprobación de su general, el hombre fogoso se puso inmediatamente en camino para la Ciudad Eterna, a la que arribó a principios de septiembre de 1586 (4).

Possevino presentó las perspectivas de Polonia respecto de Rusia como sumamente favorables. Dijo que en Rusia había muchos que estaban descontentos de ser mandados por un príncipe que no era dueño de sí mismo. Que estos descontentos se mostraban dispuestos a tener por señor al rey de Polonia. Que no menos favorecían también a la empresa polaca la semejanza del lenguaje y costumbres y otras circunstancias, sobre todo el ánimo guerrero del atrevido Batori. Así lo refiere Juan Gritti (5).

Aunque sobre las negociaciones de Possevino con Sixto V seguidas sólo de palabra, como es evidente, no existen documentos, con todo los más modernos biógrafos del célebre jesuita creen poder deducir de una serie de otros testimonios, que hubo un completo acuerdo sobre el plan gigantesco de una gran guerra contra los turcos que

(1) V. Pierling, II, 287; Karttunen, Possevino, 219.

(2) V. Pierling, *Le St. Siège, la Pologne et Moscou*, 160 s.; Kolberg, Documentos para la historia del card. A. Batori, 24.

(3) V. *ibid.* El breve pontificio de acción de gracias por la tributación de obediencia en Theiner, *Mon. Pol.*, III, 2. Radziwill recibió el capelo el 4 de julio de 1586; v. *Acta consist.*, 846.

(4) V. Pierling, II, 295 s.; Karttunen, Possevino, 221 s.

(5) V. Hassencamp, Política polaca de Sixto V, 52 s. Cf. Pierling, II, 302 s.

había de dirigir Batori, en la que debía prestar su cooperación principalmente Persia en la cual ciertamente, a los ojos del Papa, una empresa contra Moscú sólo estaba en segundo término (1). Las expresiones de Sixto V después de la muerte de Batori, así como el haber estado él dispuesto a dar considerables sumas de dinero (2) muestran que semejante deducción debía de ser legítima. Dos motivos fueron los que determinaron a Sixto V a otorgar su apoyo al rey de Polonia contra Rusia. El que Batori había descrito a la curia la situación de tal manera como si sólo hubiese dos cosas para elegir, o que Rusia sucumbiera vencida por los turcos, lo cual ponía el sello a la ruina de Europa, o que se hiciera polaca, movió al Papa a adherirse a los proyectos del rey de Polonia. Añadióse como segundo motivo la esperanza de conseguir por este camino la sujeción de los cismáticos rusos, lo cual no había sido posible realizar hasta entonces por la vía diplomática (3).

Si esto no es más conocido, depende de que las negociaciones se mantuvieron muy secretas. Esto se mostró también cuando Possevino a principios de diciembre fué enviado de nuevo a Batori en compañía del nuevo nuncio Aníbal de Capua, arzobispo de Nápoles, destinado para Polonia. En las cartas oficiales que el incansable jesuita llevó consigo al ponerse en camino, se le da primeramente sólo el encargo de agenciar la paz entre Polonia y Rusia tocante a las contiendas sobre la posesión de los territorios de Smolensk, Nowgorod y Pskow, que Batori pensaba en caso necesario arrebatar hasta por las armas. Pero fuera de esto Possevino tenía también el encargo de promover la restauración católica, y en especial de atender al interés de los colegios de jesuitas que allí había (4).

(1) V. Pierling, II, 307 s.; Karttunen, Possevino, 222 s. Santori, a quien Sixto V contó su plan de combatir a los turcos con Batori y Persia, desgraciadamente no ha anotado particularidades sobre esto; v. Autobiografía, XIII, 186. Es importante la narración publicada por Reichenberger (I, 351, nota 1) que se halla en la *\*Vita Sixti V ips. manu emend.* (*Archivo secreto pontificio*).

(2) V. Hassencamp, 53. Cf. Pierling, II, 312; v. también Reichenberger, I, 351, nota 1.

(3) V. Uebersberger, *Austria y Rusia*, I, Viena, 1906, 502.

(4) V. Schweizer, Possevino, en la *Revista trimestral romana*, XXIII, 173 s. A los breves aquí utilizados hay que añadir todavía para la misión de Aníbal de Capua la carta a Batori de 15 de noviembre de 1586, en Theiner, *Mon. Pol.*, III, 3 s. Al dux se enviaron dos breves: el \*primero, de 15 de noviembre de 1586, anunciaba la llegada de Aníbal (original en el *Archivo público de Venecia*, Bolle), el segundo se refiere a Possevino y está impreso en Schweizer, *loco cit.*, 186 según la minuta del *Archivo secreto pontificio*; la fecha \*25 de noviem-